TREN DE NOCHE

por Tomás L. Verdejo

autor de «LA CELDA DE LOS LEPROSOS» y «LOS ELEGIDOS»

Lloviznaba de forma persistente. La luz de las farolas reverberaba en el asfalto, a uno y otro lado del paseo de la estación. En el centro, las lámparas sujetadas por los hilos metálicos que aprovechaban la parte más alta de los troncos de los árboles, se balanceaban con el empuje del viento.

El hombre de edad mediana y físico enjuto, se encogió en su cazadora de pana, apresurando el paso, mientras pensaba en la extraña metamorfosis de la vida humana. Horas antes, cuando el sol seguía ridiculizando los medios empleados por el hombre para sustituirle, al dejar su luz de vivificar la Tierra, todo era simulacro de poderío humano: coche, semáforos, comercios luminosos, autobuses; privilegiados que aguardaban en cafeterías de lujo la hora de ir a ocupar las mesas reservadas en caros restaurantes; trabajadores que se dirigían a las casas de comidas; mujeres que atendían a los juegos de sus hijos en las plazas del pueblo; constructores que mostraban sus pisos pilotos a quienes aspiraban a la realización del sueño de un hogar; hombres sin importancia que pretendían ahogar su frustración en los vinos baratos de las tabernas y hombres solventes con capacidad para decidir la suerte de los anteriores; hombres, en suma, entregados con desesperación a la tarea de destruirse mutuamente; rivalidad eterna entre la desgracia y la felicidad.

Ahora, medianoche, todo lo anterior parecía carecer de sentido. Noche de otoño, sí; fría y desapacible. Pero con paz. Era como si el transeúnte, a esas horas, fuese libre y poderoso, al margen de su condición económica o social. De noche, tanto las fuerzas conocidas de la Naturaleza como las aún ignoradas por la ciencia llamada oficial, emergían de entre las sombras, imponiéndose a la necia soberbia de un mundo empeñado en crear angustia e inseguridad.

El viento arrastró las campanadas del reloj de la iglesia románica que dominaba la Plaza Mayor, y el hombre se sorprendió a sí mismo pensando en la superstición popular que ubicaba a las almas de los muertos precisamente en la medianoche. Sin lugar a dudas, si existía otra vida después de la muerte y la Tierra quedaba impregnada con las energías psíquicas y espirituales de los que vivieron, la paz de la noche debería ofrecerles el ambiente idóneo para exteriorizar esa nueva existencia.

En el paseo no había ni un alma... Ni un alma humana, de vida convencional, naturalmente, porque, en virtud de lo pensado segundos antes, cabía suponer que todo lo que le rodeaba se hallaba tomado por las fuerzas del Más Allá. Sintió frío; no un frío puramente físico derivado de las desapacibles condiciones ambientales, sino más bien un escalofrío interno provocado por el miedo a lo desconocido. Sonrió, burlándose de sí mismo. No era un hombre propenso a las autosugestiones de tipo esotérico, por la sencilla razón de que siempre había creído que el «más allá» no era otra cosa que un invento más del ser humano, empeñado,

desesperadamente, en no admitir el hecho irreversible de la muerte. De la muerte definitiva.

La estación era funcional, sin ninguna aspiración arquitectónica, como sin duda correspondía a un antiguo pueblo convertido en polígono industrial, en donde el movimiento de trenes era íntegramente de cercanías, llevando trabajadores desde la capital al pueblo, y viceversa. El que debería pasar era el último tren de la noche; si lo perdía, no tendría más remedio que pernoctar en alguna fonda del mismo pueblo. De haber tenido que levantarse a las siete de la mañana del día siguiente, no hubiese dudado en quedarse a dormir; pero, afortunadamente, había entrado de lleno en sus veinticuatro horas de descanso. Por eso se había quedado hasta medianoche, sumergido en el mundo frustrante y necesario de la barra americana.

El silbato del tren llegó nítidamente a sus oídos y se adentró con rapidez en el vestíbulo, al tiempo que echaba una ojeada a su reloj, sin comprender aquel adelanto de tres minutos sobre el horario previsto. Su sorpresa se incrementó al comprobar que se encontraba cerrada la ventanilla destinada al despacho de billetes.

El tren se hallaba en el andén y su silbato volvió a rajar el silencio de la noche. Dudó. ¿Era aquel el ten que debía tomar o esperaba al que, según rigidez horaria, debería pasar un par de minutos más tarde? ¿Dónde estaba el empleado de la estación? Ya empezaba amoverse. Y llevaba las luces de cada una de sus unidades. Si no estaba de servicio, ¿por qué la iluminación? Algo, una fuerza que no acertaba a definir –¿acaso la desconfianza en la exactitud de su reloj?–, le empujaba hacia el interior de tren. No lo pensó más, ya que, en cualquier caso, era evidente que se dirigiría a la estación término de la capital, también llamada ciudad dormitorio. Pulsó el botón que abría las puertas del último coche, casi con la seguridad de que éstas ya no se moverían, pero se equivocó y pudo subir sin demasiadas dificultades.

En el vagón no viajaba absolutamente nadie, de modo que pudo acomodarse junto a una de las ventanillas, al lado de la calefacción, apoyando los pies sobre el asiento de enfrente.

Parecía como si el maquinista tuviese prisa por llegar a destino; absolutamente comprensible. Sin prestar más atención a la rápida marcha del tren, sacó su ya exiguo paquete de cigarrillos y se llevó el penúltimo a los labios.

¿Por qué? ¿Por qué se acordó en aquel momento de la tragedia que un año antes había tenido lugar, cuando un tren fuera de servicio se deslizó, inutilizados los frenos, vía adelante, incrementando su velocidad sin que nada ni nadie pudiera detenerlo, hasta colisionar con otro que iba cargado de viajeros? Al parecer, tenía una noche tonta, inexplicablemente propicia al miedo.

Exhalando una bocanada de humo, miró de nuevo a su alrededor.

¡Qué desasosegante era aquel vacío! Y aquel inconfundible ruido... Limpió el vaho con el dorso de la mano y pegó el rostro a la ventanilla, tratando de reconocer algo de un paisaje que ya le era aburridamente familiar.

Sin reprimir un gesto de sorpresa, volvió a consultar su reloj. Qué extraño era el sentido del tiempo. Aquel túnel acostumbraba a hacer su aparición a los quince minutos de viaje, empezando a contar desde la salida de la estación en que él había subido. Y no se habían cumplido ni siquiera ocho...

Todo en el vagón parecía quejarse ya de la imprudente velocidad; al chirriar de las ruedas, se unía el aparente desmoronamiento de toda la estructura metálica y el ruido ensordecedor que se amplificaba en las negras y pétreas paredes de

interminable túnel.

¿Por qué, si la velocidad era mayor, tardaba tanto en salir? Quiso autoconvencerse de que todo se debía a su habitual estado de nerviosismo, promovido por un temor que, sin lugar a dudas, debería cimentarse en reminiscencias infantiles.

Se llenó los pulmones de humo y luego empezó a exhalarlo poco a poco, en un gesto de hombría que diese al traste con lo que aún quedaba en su ser de aquel niño que sería despertarse de madrugada, aterrado por unas pesadillas que luego se prolongaban en la angustiosa oscuridad de su habitación.

De pronto, creyó captar unos extraños gemidos. No podían proceder del exterior, puesto que el tren seguía atravesando el interminable túnel. Si bien era posible que fuesen emitidos por algún animal arrollado en la vía, lo probable era que proviniesen del propio tren. Esta probabilidad se convirtió casi inmediatamente en convicción, ya que los aullidos de un animal herido no podían seguír oyéndose pasados varios segundos desde el instante en que hubiese sido alcanzado.

Y aquellos profundos lamentos iban incrementando su intensidad.

Sintiendo que el miedo se intensificaba, convencido de que estaba viviendo una situación inexplicable y de que aquel túnel no era el mismo por el que pasaba a diario, se levantó, advirtiendo un angustioso vacío en su vientre, y se precipitó hacia la plataforma, esperando encontrar allí la respuesta a la multitud de preguntas que ahogaban su mente.

Podía encontrarse con un niño abandonado, o con algún animal doméstico asustado. Pero no encontró nada.

Un desolador vacío.

Incluso miró en el lavabo.

Con dificultades para mantener el equilibrio ante el desintegrante traqueteo de un tren que ya tendría que haber descarrillado, prestó atención, con la respiración contenida, esperando volver a escuchar aquellos lamentos. Por fortuna no oyó nada y respiró con cierto alivio, recuperando parte del ánimo que parecía haber huido de su pecho.

Convencido de que, en efecto, había subido a un tren que no era el suyo, de que estaba recorriendo un trayecto absolutamente desconocido, y admitiendo su imposibilidad para enmendar el error, decidió volver al mismo asiento de antes, resignado a pasar su día de descanso en una especie de excursión no planificada..

Volvió a sacar el paquete de cigarrillos y encendió el último que le quedaba.

Intentó relajarse. Consiguió incluso un amago de bostezo.

Y de nuevo aquellos desgarrados gemidos...

Aquellos lejanos lamentos...

No había duda de que estaba adormiscado y de que su mente corría hacia el pasado con la misma desenfrenada velocidad con que el tren parecía buscar la salida del túnel.

Pero aquellos desgarrados lamentos...

El ruido ensordecedor estrellándose contra las paredes que parecían ir a encajonar al tren de un momento a otro, pretendía ahogarlos, sin conseguirlo.

Eran gritos infrahumanos, como surgidos de gargantas pertenecientes a seres de ultratumba que se debatiesen entre las garras de un dolor inimaginable. Tal vez satánico... Infernal...Como si las propias ruedas del tren, en su demoledora velocidad, fuesen triturando cuerpos, reventando paquetes abdominales, aplastando cráneos...

No, no eran gritos. Eran aullidos de hombres y mujeres, de mujeres y niños...

Se levantó bruscamente, desprendiéndose de la colilla que ya casi le quemaba las yemas de los dedos.
Hubiese jurado que estaba en la cama de su pensión familiar, sufriendo los embates de la más siniestra e impiadosa de las pesadillas. Pero no. Todo era real. Enloquecedoramente verídico.

Estaba allí, en aquel tren casi desguazado por la velocidad, en aquel túnel que ya hacía varios minutos que debería haber quedado atrás, pues no tenía conocimiento de que en todo el país existiese alguno con tan exagerada longitud.
Y fue entonces cuando el pánico hizo explosión en todo su ser, desgarrándole las entrañas. El vidrio de las ventanas iba salpicándose de manchas oscuras. Y era imposible que estuviese lloviendo dentro del propio túnel.
¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué era aquello que se estrellaba contra los cristales, deslizándose luego con lentitud viscosa...? No, aquellas manchas no eran de lluvia; no... ¡Eran de sangre!
Se precipitó contra la ventana, ansiando que la propia luz de vagón, reflejada en las paredes del túnel, le permitiese ver lo que estaba sucediendo al otro lado, en los escasos centímetros que separaban la vía de la pared.
El grito reventó en su pecho, sin llegar a exteriorizarse en forma de sonido, partiéndole el poco ánimo que en ese momento hubiera podido quedarle.
Allí, entre la vía y la pared, se agitaban miembros humanos. Desgarrados. Separados del resto del cuerpo. Pero no se hallaban sumidos en el rígido abandono que hubiese sido lógico aún en la ilógica demencial de aquella pesadilla que estaba viviendo; se agitaban entre la propia sangre, crispándose a las piedras, agarrándose con desesperación a los bajos de los vagones, emergiendo de entre los hierros.
Retrocedió, golpeándose contra los asientos del otro lado, aterrado tanto por el horror que se ofrecía a sus ojos como por lo irracional de lo que estaba sucediendo.

Con ansiedad, sus ojos buscaron el vidrio de la ventana de enfrente y, junto a las manos que se crispaban a los hierros y arañaban el cristal , descubrió cabezas de hombres y mujeres, de niños y ancianos, que gritaban enloquecidos por el dolor; unas separadas del cuerpo, otras con la faz nauseabundamente destrozada; muchas con los cráneos abiertos, en horrenda mezcla de sangre y masas encefálicas, y todas, sin excepción, sometidas a un tortura inhumana que las hacían aullar, convirtiendo el túnel en una gigantesca garganta en donde se reventaban los gritos de dolor y espanto.
El infernal coro, como si estuviera siendo reproducido por el más fantástico equipo de sonido que el hombre fuese capaz de crear, era multidimensional. No sólo emergía del techo, del suelo, del pasillo y de las metálicas paredes, sino que era irresistiblemente amplificado en su propio pecho, en su vientre, en su cabeza, en su propia alma...
Todas las ventanas aparecían ya salpicadas de sangre y los durmientes eran como marcos para retratos satánicos de gentes desmembradas, con los ojos desorbitados o las cuencas vacías.
Notó un contacto tibio en los dedos. Se miró aquella mano y descubrió una gota enorme y purpúrea. Elevó la mirada al techo, con todo su ser convertido ya en un ahogado grito de terror y comprobó que la sangre de los seres descuartizados que parecían arrastrase sobre el techo del vagón, iba penetrando a través de la chapa, y goteaba sobre el suelo y los asientos.

Todo se entremezclaba con el estruendo del propio tren, lanzado a aquella velocidad sin control, como si delante, en el primer vagón, en la cabina de mando , no hubiese nadie que lo gobernase.

Y, bruscamente, resurgió en su cerebro el recuerdo de aquel tren que una trágica noche se deslizó solo, ausente de conductor, adquiriendo velocidad hasta precipitarse contra otro, cargado de viajeros, que circulaba en dirección contraria y por la misma vía.

¿Qué era aquello? ¿Es que los cuerpos desmembrados y los gritos de dolor y espanto, pertenecían a los espíritus de quienes perdieron la vida en aquel sobrecogedor accidente?

Todo negro; como la propia noche, como la misma muerte.

¿Por qué no terminaba, al fin, aquel siniestro túnel? ¿Acaso conducía a la oscuridad infinita y eterna de la muerte?

Impelido por este pensamiento, por aquellos gritos que parecían ir a desgarrarle los tímpanos en cualquier instante y por la espeluznante visión de rostros descompuestos, miembros agarrotados y muñones sanguinolentos que emergían por entre todas y cada una de las juntas de la estructura metálica de aquel vagón, echó a correr hacia el siguiente, según la dirección e la marcha del tren, ansiando que todo concluyese al llegar a a plataforma, anhelando que en el otro vagón se encontrase algún viajero, alguien a quien suplicarle que le arrancara de aquel satánico y torturante mundo.

La puerta de corredera iba de un lado a otro, de derecha a izquierda, abriéndose y cerrándose enloquecida por la velocidad. La sujetó con todas sus fuerzas y entró en el siguiente vagón, proyectando la ansiedad de su mirada hacia todos los asientos, buscando un rostro humano; pero su alma aterrada se perdió en aquel vacío, tan absoluto como desesperante. No había nadie. ¡Nadie! Estaba solo. Terriblemente solo en aquel tren infernal.

Los gritos seguían reventando en su cráneo, entremezclados con el chirriar de metales y con aquel olor inconfundible. Olor a muerto.

Los rostros continuaban crispándose a las ventanas como suplicando su ayuda con gestos desesperadamente suplicantes. El techo y las paredes se resquebrajaban y por entre las grietas emergían miembros convertidos en escalofriantes muñones. La sangre encharcaba el suelo, precipitándose con violencia de un lado a otro, estrellándose contra los asientos, ante la brusquedad de las sacudidas que provocaba la desenfrenada velocidad.

Era como si el túnel se hallase repleto de personas que iban siendo arrolladas y destrozadas por la sus ruedas y por cada milímetro de carrocería.

Sintió que las fuerzas le abandonaban, que el terror se incrustaba en lo más hondo de su ser, helándole la médula espinal, con un frío que se la recorría en toda su longitud y se concentraba en la nuca, congelándole el cerebro.

Volvió a correr. Hacia el primer vagón. En busca de la cabina. Tenía que haber un conductor. ¿Tenía que haberlo? ¿No era todo tan monstruoso como inhumano en aquel tren?

Corrió, pisando la sangre, sintiendo como ésta salpicaba su pantalón; tapándose los oídos para intentar ahogar, en parte, aquel horrendo estallido de dolor; procurando no mirar al suelo, ni al techo, ni a las ventanas... Pero los brazos macilentos, crispadas las manos, surgían de entre los asientos desgarrados, de entre cada una de las grietas de un tren que ya se encontraba con la carrocería absolutamente destrozada. Le impedían el paso. Tenía que avanzar apartando miembros que se agarraban a su ropa, pasando por encima de cuerpos

horrendamente mutilados. Tenía que llegar hasta la cabina. ¡Tenía que llegar!
De nada servía que se tapase furiosamente los oídos, pugnando por cerrarlos a aquel satánico trueno de horror en que se habían convertido los desgarrados gritos de aquellos seres despedazados por el tren. Sus tímpanos iban a estallar, y hasta creyó sentir en las palmas de la manos la caliente viscosidad de su propia sangre.
Allí estaba el último vagón. No quiso mirar a los lados al atravesar la plataforma. Ya sabía que, a derecha e izquierda, surgiendo de entre las sombras del túnel, aparecerían rostros desfigurados por la estremecedora expresión del último momento o por el desgarro enloquecedor de quien ve morir triturado al ser más querido.
Las manos seguían tendiéndose, crispadamente, hacia su cuerpo; pero parecían carecer de fuerza para detenerle. Y avanzó hacia la cabina, con el corazón reventándole en el pecho, con un pánico que le abría los huesos.
Se orinaba. Defecaba. Era como si su cuerpo se estuviese abriendo en canal, y se le vaciase la vejiga y el paquete intestinal.
La puerta de la cabina estaba abierta y se mecía con violencia, sacudida por los embates de la velocidad.
¡Tenía que llegar!
Aunque no se sintiese las piernas. Aunque todo fuese ya un gélido vacío, carente de energía y de voluntad.
Llegó. Y al asomarse descubrió que no había nadie. El tren no tenía ningún conductor. La cabina no era más que una caja resquebrajada, repleta de miembros de órganos humanos que iban de una lado a otro, precipitadamente contra las paredes.
Y de pronto aquella luminosidad... Una luz que arrasó las formas de todo lo que había dentro de la cabina.
Miró al frente, buscando su procedencia... ¡Era el faro enorme de una máquina que venía de frente, que estaba encima...! ¡Luz cegadora que le introduciría violentamente en la eterna oscuridad de la muerte!
¡Ya estaba allí! ¡La colisión iba a producirse!
Se llevó las manos a los ojos arrasados por la potencia luminosa del faro, arañándose , uniendo su grito al desgarro del infierno polifónico de todos los demás, sabiendo que en unos instantes su cuerpo no sería más que un muñón de carne aplastada, como la de uno cualquiera de aquellos seres de ultratumba de los que inútilmente había tratado de huir...
–¡¡NOOOO!!